

A black and white photograph of a woman's profile, looking upwards and to the right. Her hair is dark and blowing in the wind, creating a sense of movement. She is wearing a dark jacket and a checkered scarf. The background is a bright, overcast sky with a flat horizon line.

El año
en que
Lucía
dejó de
SOÑAR

Ivanna
Chapeta



Índice

<i>Hoy has abierto los ojos...</i>	7
<i>Las calles...</i>	11
La abue	17
El cole	25
El funeral	33
De regreso al cole	37

Hoy has abierto los ojos más temprano que otros días. Corres a apagar el despertador que mamá insiste en usar cuando vas al colegio, en lugar de ir a despertarte ella misma. Ves tu uniforme, colgado y aburrido, frente al ropero. Quisieras ponerte ropa nueva y colorida, pero mamá te ha pedido que lleves el uniforme. «Nuevo colegio, nuevas reglas», ha dicho, y no quieres contrariarla. Vas al baño, te lavas la cara y te cepillas. Sientes el frío del agua en los dientes. En las uñas. Casi dentro de la nariz. Te alegras de haberte bañado en la noche. Enero no es un buen mes para bañarse en las mañanas. Regresas al ropero, coges la ropa y te la pones deprisa, como cuando te comes las cosas que no te gustan. Ves tus calcetas, blancas como la luz del sol que empieza a tocar el piso de tu habitación. Ves tus nuevos zapatos, lindos. Tú misma los escogiste y mamá no dijo nada, aunque sabes que los va a odiar cada vez que los vea.

Te acercas a tu mesita. La que guarda las cosas lindas que te pones. Un nuevo perfume te espera. Lo hueles al sacarlo de su caja. Es de los últimos regalos de la abue

que te quedan sin abrir. No te dan ganas de llorar. La risa resbala por tu boca y te sientes tranquila porque no se te están saliendo las lágrimas por culpa del perfume. Sientes que hoy es un día fabuloso y no te da miedo rociarte algunas gotas de su aroma (fresco, suave) en el suéter, en el cuello, en la blusa, aunque la abue decía que hacer eso manchaba la tela. Presionas el atomizador incluso sobre tus calcetas. Todo en ti estará lindo y oliendo a nuevo. Recuerdas que anoche soñaste y sientes la sorpresa ronronear en tu estómago y subir por tu pecho. Apenas la semana pasada la abue cumplió un año de haberse ido y hoy es la primera vez, en todo un año, que vuelves a soñar, aunque haya sido sin color, como siempre. Sonríes y sientes los ojos a punto de humedecerse. Abres la puerta de tu habitación antes de que mamá o papá griten «¡Lucía!», porque nunca te ha gustado cómo rebota tu nombre en la escalera cuando sube para llamarte.

Al bajar, encuentras la sala en desorden, a Penny sobre el sillón en el que tú descansas y tu bolsón, lleno de todas las cosas que vas a necesitar en el año, sobre la mesita en que a veces toman el chocolate. Compruebas, satisfecha, que papá y mamá no han salido de su habitación. Andrés tampoco lo ha hecho, pero él tiene derecho. Al fin y al cabo, le falta una semana para volver al colegio de los peques.

No te decides a encender la tele porque no quieres que sepan que ya andas por allí, así que te sientas en la sala un rato, a esperar a que alguien salga, y Penny se acomoda en tu regazo. Ves el periódico del día anterior y lo ho-

jeas justo cuando mamá sale (linda) de su habitación. Te observa con sorpresa. Parece complacida. Te felicita por estar lista tan temprano y te da un beso en la frente. Le cuentas que soñaste y sus ojos, brillantes, iluminan la sonrisa completa que se forma en su boca.

—¿Soñaste a colores? —te pregunta.

—Como siempre. Solo en blanco y negro —respondes.

—Me alegra que hayas vuelto a soñar. Creo que es señal de que este puede ser un año maravilloso —dice sonriendo, y le muestras que el suéter te queda algo grande. Dice entre dientes que ya crecerás, mientras dobla las mangas para que los puños queden a la altura de las muñecas.

—¿Soñaste con ella? —te pregunta bajito.

—No, pero no tengo ganas de llorar, y eso que hoy abrí uno de los últimos perfumes que me dejó —le respondes, más bajito todavía. Van a la cocina y preparas algunos panes tostados con mantequilla para ambas mientras ella saca el jugo de naranja de la refri.

No estás segura de la hora a la que el bus pasa a recogerte, pero debe de ser pronto. Le preguntas a mamá por papá y dice que se está bañando, que ella tiene que llegar hoy temprano a la oficina. Te pregunta si todo está en el bolsón. Le respondes que sí con la boca llena. Escuchas la bocina del bus y mamá dice que te apresures. Te tomas todo el jugo de un trago y te cuelgas el bolsón. Mamá te acompaña a la puerta y te da otro beso. Te despedes con la mano y ves al conductor alargando el brazo para jalar la palanca que abre la puerta del bus. En cuanto te sientas te confundes entre otras muchas

cabezas que rebotan en las calles en las que el asfalto ya se está deteriorando, mientras esperas un poco impaciente por llegar pronto al nuevo cole.

Las calles todavía están llenas de frío y vacías de gente cuando tu autobús pasa zumbando por ellas. El trayecto es corto y eres de las primeras en bajar. Un cartel de «Bienvenidos», hecho por las maestras de los peques, adorna la puerta. Para tu suerte, casi todos los chicos llevan el uniforme. Los profesores caminan de aquí para allá, saludando a todos y revisando que todo esté listo para la apertura del nuevo ciclo. Te diriges a uno de los profesores para preguntar dónde dejas el material y cuál es tu clase, y usas las direcciones que te da para perderte un rato entre clase y clase antes de llegar a la tuya. Regresas al patio después de haber escogido un lugar que no te deje hasta atrás, pero que tampoco te haga muy visible cuando suena el timbre, para que tú y tus nuevos compañeros se formen.

Algunos profesores gritan el número de sus grados para llamar a sus chicos. Escuchas el tuyo y te unes al ruidoso grupo al que vas a pertenecer. Descubres que casi todos se conocen y te sientes un poco incómoda porque solo estás allí, parada, tratando de sonreír por si alguien te ve,

sin decirle nada a nadie, viendo a todos sin reconocer a nadie y oyendo a todos sin que entiendas de qué hablan.

Por suerte, el nuevo cole es práctico y la reunión no dura nada. Después de agradecer por la confianza de tus padres (los de todos) y desearte éxitos (señalando también a todos), la directora y sus auxiliares te piden que empieces el ciclo con entusiasmo. Al terminar la sesión, te diriges con tu grupo a tu nueva clase y revisas que no se note mucho que el suéter te queda grande.

12 Tu profesor te ve, sonriendo simpático en la puerta, y te pregunta tu nombre antes de que vayas a sentarte. Luego escuchas que hace la misma pregunta a otro par de chicas y a un chico... y ya no te sientes sola en esto de ser «la nueva». Algunas caras te ven con duda, pero nadie se atreve a hablarte y lo entiendes. Les sonríes, simpática, esperando hacer un amigo más tarde, y escuchas que el profe se aclara la voz y pide por favor (no a ti, claro) que se callen.

—Me alegra ver de nuevo caras conocidas, y me alegra más ver las que voy a conocer —se presenta—. Me llamo Jorge. Mis amigos me dicen Coque, pero ustedes (dice simpático) díganme profe. Ya que yo me presenté, espero que ustedes también lo hagan. Vamos a empezar por los nuevos —dice, y ves con pánico que te está señalando.

—Me llamo Lucía, pero me pueden decir Lucy —afirmas mientras te aclaras la voz.

—Hola, Lucy —dice el profe—. ¿Qué te gusta hacer para divertirte?

—Toco un poco el piano y me gusta ver tele y jugar básquet. Cuando tengo tiempo, leo cuentos de terror.

Tengo un hermano que se llama Andrés y una cachorra que se llama Penny, y hace unos meses salimos en la tarde a pasear al parque —respondes de un tirón, viendo al cielo mientras buscas las respuestas e intentas hacer desaparecer de tu cabeza el color rojo que va llenando tus mejillas.

El profe pide que te den un aplauso de bienvenida y nadie te abuchea ni nada, así que supones que todo está bien.

—¿Qué tal el año pasado? —te pregunta el profe cuando vas a sentarte. No habías pensado que pudieran hacerte esa pregunta y tienes muchas cosas que quisieras responder, pero no te sale nada. Afortunadamente, casi nadie te ve y el profe dice que te hace esa pregunta porque la primera asignación que tendrás en el ciclo es la de contar brevemente qué hiciste en las vacaciones.

—No me contestes ahora —te dice—, pero piénsalo para la tarea.

Sientes que has pasado días parada y mueves ligeramente la pierna izquierda, como haces cuando estás muy nerviosa. Entonces, el profe dice que te sientes y le pide a alguien más que se levante. Ves las caras más amigables y algunos hasta te han saludado con la mano, ya que saben tu nombre. Escuchas los datos de los otros chicos nuevos y les sonríes cuando terminan de hablar. Luego, los chicos antiguos se presentan de manera más breve. Son veinte, incluyéndote. Casi a nadie le gusta el piano ni leer y algunos hablaron de sus mascotas. El básquet sí que les gusta a todos. Hasta tienen equipo en

esa clase. Te enteras de que el profe va a ser tu guía ese año y también de que pasa más o menos la mitad del día con ustedes, aunque dice que no será así siempre. Les explica también que tienen dos semanas para hacer un buen informe que valdrá como mil puntos y que es fácil, porque tú y todos solo tienen que ser ustedes mismos. Lo piensas y no está tan difícil y, además, es mejor que contarles a todos en público que tu vida del año pasado fue una... una mierda.

14 Cuando tocan la tercera campana, y ya que han tenido el primer «período normal de clase» (aunque más ha servido para evocar recuerdos que para tomar apuntes o aprender algo), el profe les dice que es la hora de recreo. Algunos salen al patio. Cuando estás a punto de hacerlo, recuerdas que un día como ese del año pasado también entraste a un colegio nuevo.

Ese día no querías parecer agradable para nadie porque estabas muy triste. Ese día se habían llevado por la madrugada a la abue y tú solo querías salir para ir a verla al hospital. Como olvidaron comprar tus zapatos nuevos de colegio, tuviste que llevar unos tenis horribles que tiraste a la basura una semana después, por lo que todo el día estuviste incómoda. A la hora de recreo, en lugar de salir, unos chicos y unas chicas te acosaron con muchas preguntas tontas, porque ningún profe te presentó, aunque fueras nueva. Piensas que por eso este cole es mejor. Además, ahora nadie te ha pedido que te sientes y que les cuentes por qué estás triste. Claro que es porque ahora no lo estás.

Ves que algunas chicas en la puerta te observan esperando a que salgas, así que sacas un jugo de tu bolsón y revisas que tu dinero esté en la bolsa de tu suéter, entonces te diriges a ellas y les preguntas si puedes acompañarlas, a lo que todas responden que sí, que eso iban a pedirte. Suspiras aliviada porque nadie quiere comer solo y sin amigos cuando es nuevo en un lugar tan grande.

El resto del día pasa muy bien. Al final, resulta que las chicas son simpáticas y los chicos también, aunque no muchos te hablen. Después del recreo llegan otros profesores, y aunque ya no te piden que te presentes como el primero sí te preguntan tu nombre y esas cosas. No hay tareas, solo la del profe, y cuando sales ya sabes los nombres de algunos de tus compañeros y tienes la certeza de que no le caes mal a la mayoría. Al volver a casa, mamá y papá no están y Andrés está afuera con Marta, la señora que llega a cuidarlo. Penny también los acompaña. Qué bueno, porque quieres estar un rato sola para pensar en la tarea y en cómo contar todo lo del año pasado sin que se vea feo, aunque no sabes cómo, porque de verdad que el año pasado fue más que horrible.